



MARTINA CHAPANAY EN LA CONSTRUCCIÓN LITERARIA Y EN EL IMAGINARIO POPULAR*

Ana T. Fanchin**

Resumen

Este artículo trata sobre la idealización del bandido entre las masas populares, eligiendo como prototipo a una bandolera y montonera que alcanzó amplia popularidad en la región de Cuyo: Martina Chapanay. Esta mujer, por su coraje y aptitudes para la guerra y la vida de la campaña, pasó a formar parte de un imaginario colectivo transmitido oralmente y recreado por la literatura costumbrista de fines del siglo XIX. En esos discursos escritos se intenta reivindicarla, justificando sus acciones por el hecho de haber quedado huérfana y desamparada. Pero, la tradición oral la representa en franca disociación con el modelo patriarcal dominante. Por tanto, el análisis gira en torno a ambas construcciones: la literaria, producida por conspicuos representantes de la elite, y la transmitida a través de la oralidad. Es decir, que en esta práctica investigativa se contrastan imaginarios en defensa y en contra del poder dominante.

Palabras clave: Mujer - Género - Rural - Cuatrерismo -Alteridad

Calificación JEL: Z0

MARTINA CHAPANAY: CONSTRUCTION IN THE LITERARY AND THE COLLECTIVE IMAGINARY

Abstract

This article is about the idealization of the bandit among the masses, focuses on a woman dedicated to banditry that became very popular in the

* Recibido 21-10-14 / aceptado: 14-12-14

** Universidad Nacional de San Juan, mail: anatfanchin@yahoo.com.ar

region of Cuyo: Martina Chapanay. This woman, for their courage and skill in war and life of the campaign, became part of a collective imagination transmitted by the popular folklore of the late nineteenth century. In these discourses their actions are justified by his orphanhood and helplessness. But she is represented by the oral tradition in clear dissociation with the dominant patriarchal model. Therefore, the analysis focuses on two axes: the literary produced by prominent members of the elite and transmitted by oral tradition. Therefore images in defense and against the dominant power are contrasted .

Keywords : Gender - Female - Rural – Cuatreroismo - Otherness

Tiempos violentos: la presencia de bandidos

El siglo XIX en América Latina se caracteriza por la disolución del orden colonial, que irrumpe con las luchas de independencia y las subsiguientes guerras civiles que antecedieron a la imposición de un nuevo orden al consolidarse los estados nacionales.

Es en ese marco que grupos armados, ya fuesen milicias relativamente organizadas o gauchos avenidos en soldadesca se alistaban en las filas de algún caudillo, arremetían por los campos y las ciudades imponiendo con su presencia un áurea de destrucción y muerte. Lo cierto es que la representación de estos protagonistas se construyó sobre la base de estereotipos creados según la óptica de los autores que narraron sus hazañas. Todo depende del cristal con que se mire, así es que se han exaltado las proezas de quienes defendían principios tan loables como la libertad de los pueblos, el bien común y el progreso. Pero estos enunciados pueden presentar sentidos diferentes y hasta contrapuestos, según el lugar donde se sitúe quien los emplea.

Por ello es importante, al momento de evaluar el uso de estos conceptos, no perder de vista el sentido de alteridad; he aquí que la libertad anhelada aunque evoque una generalización como es la de “pueblo”, más que vislumbrar al conjunto de sectores sociales puede tan sólo restringirse a los miembros de las elites. Asimismo, ese grupo de notables interpretará por bien común el suyo propio, y por progreso su mejora patrimonial.

Ahora bien, si nos situamos en la otra posición –en la de los sectores subalternos- han de buscar protagonistas entre los que compartan ciertas afinidades, o despierten en ellos expectativas de superación, o bien que reflejen rasgos con los que se sienten identificados. Muy difícilmente un encumbrado miembro de la sociedad, heredero de cuantiosos bienes materiales y simbólicos, podría significarles un modelo alcanzable; más bien, el lazo vinculante se sustentará en una relación de clientelismo, que en sí mismo encubre la sujeción y dependencia. Asimismo, acerca de esto último, se debe tener en cuenta que las conductas exteriorizadas públicamente y que son transmitidas, principalmente, por la oralidad y rituales forman parte de lo que James Scott denomina “discurso oculto” (2000). En esencia se trata de manifestaciones plasmadas fuera de la escena donde suceden las conductas propias de las relaciones de poder, las cuales forman parte de un discurso público que refleja solo los comportamientos que los dominadores esperan de sus subordinados. Esto explica por qué ciertos personajes que actúan al margen de la ley sean ensalzados por las masas populares, convirtiéndose en ídolos para unos y bandidos para otros. Sin lugar a dudas, al “bandido” se lo señala y define desde el discurso del poder.

Sobre la base de los sugerentes planteos de Eric Hosbawm¹, que a su vez han inspirado investigaciones posteriores², es posible reconocer qué rasgos lo distinguen y por qué es a la vez odiado por unos y admirado por otros. Aunque, este autor afirma que: “En la montaña y los bosques bandas de hombres fuera del alcance de la ley y la autoridad (tradicionalmente las mujeres son raras)” (2001: 19), es en esta acotación entre paréntesis donde nos interesa especialmente preguntándonos si realmente son y han sido “raras”.

En la actualidad, a una distancia de más de cuarenta años desde que Hosbawm emprende sus investigaciones sobre bandidos sociales, se ha avanzado bastante en el reconocimiento del protagonismo femenino en la historia. De modo tal que hoy sabemos sobre la presencia de mujeres en

¹ En sus obras clásicas de *Rebeldes primitivos* (1965) y *Bandidos* (1969) definió a los bandidos sociales como individuos que vivían en los bordes de las sociedades rurales, del robo y el saqueo, y que frecuentemente eran vistos por la gente común como héroes o señales de la resistencia popular. Con respecto a la segunda de las obras mencionadas, en esta ocasión nos remitimos a la edición de 2001, Editorial Crítica.

² Para nuestro país, es de destacar los estudios emprendidos por Hugo Chumbita (1999-2009).

distintos ámbitos, a veces travestidas, que creíamos estrictamente restringidos a los varones³. Los avances en los estudios sobre mujer y género han permitido visibilizar muchos rostros femeninos actuando a favor o en contra de alguna causa, pero también infligiendo normas establecidas por el grupo dominante. Entre estas últimas, centramos la atención en Martina Chapanay, inmortalizada en el imaginario popular, que reúne los atributos suficientes como para ser considerada en estudios dedicados específicamente al bandolerismo social.

Sobre el particular, Hugo Chumbita destaca el rol del gaucho como bandido social, preguntándose: -"¿Qué es el "gaucho malo" que pinta Sarmiento en el Facundo, sino el "buen bandido" respetado por los campesinos?" y dejando en claro la íntima relación de la figura del bandido social con el mito y la épica gauchesca en nuestro país⁴.

Todas las narraciones, escritas y orales, destacan que era excelente jinete, baquiara y rastreadora de caminos. Además, que tenía gran capacidad en el arte del cuchillo, del lazo y las boleadoras; es por estas destrezas, consideradas propias de los varones, que se forjó de ella una imagen de mujer travestida. No obstante, si recreamos el escenario rural en que transcurrió la vida en sociedades pre-industriales, es fácil suponer que ellas conocían y practicaban estas habilidades, siendo obvio que en esas ocasiones no usarían vestidos anchos, con volados y miriñaque.

En los últimos años, nuevas perspectivas historiográficas –en especial a partir de las aportaciones de la historia de la mujer y los estudios de género- han permitido visibilizar mujeres en sitios tradicionalmente relegados a los hombres. Una de esas revelaciones ha sido reconocerlas combatiendo en los campos de batallas, además de las ya inmortalizadas como Juana Azurduy, se reivindica a María Remedios del Valle –también del Alto Perú-, a Delfina o a Victoria Romero -compañeras de Francisco Ramírez, el Supremo Entrerriano, y del caudillo riojano Chacho Peñaloza-, entre otras más que no fueron meras acompañantes de sus esposos o circunstanciales amantes. Por otra parte, sin limitarnos a rememorar hazañas en terreno bélico, donde ellas empuñaban armas y luchaban a la

³ Baste citar a modo de ejemplo, el artículo editado en esta Revista (Nº III-3-2011) de Cecilia Lagunas "El desorden de los géneros en el discurso eclesíástico: Las santas travestidas en el siglo XIII", pp.17-28.

⁴ En sus investigaciones sobre fronteras interiores cita a varios jefes mestizos, entre ellos a Martina Chapanay (2000).

par de los soldados, pensemos en el ámbito cotidiano donde se desenvolvían, ya fuese porque habían enviudado o porque sus maridos se ausentaba regularmente para conducir arrias o tramitar gestiones en la capital (a 500 ó 1500 km de distancia), y más aún en tiempos de guerra cuando eran reclutados forzosamente, ellas debían afrontar los cuidados de la familia y de la hacienda. Lo que significaba asumir roles asignados al varón en los códigos moralistas, pero que no siempre eran aplicables a la realidad⁵.

En consideración a estos modelos establecidos, las narrativas literarias se esmeran en otorgarle a Martina rasgos femeninos admitidos socialmente y procuran excusar aquellas conductas que comparte con el común de los bandidos. Es que la literatura costumbrista, compenetrada de un modelo hegemónico sobre roles sexuales, intenta asimilarla a ese prototipo justificando sus acciones; el principal argumento esgrimido es que Martina se crió en el campo, entre indios y sin la figura tutelar de su madre “española” porque falleció cuando ella era pequeña.

Pasemos entonces a repasar las descripciones que de ella se han hecho y transmitido.

La representación de Martina en los textos novelados y en la oralidad

Martina Chapanay forma parte del folclore cuyano desde el siglo XIX. Pedro Desiderio Quiroga en 1865 y Pedro Echagüe en 1894 fueron los primeros autores que recopilaron referencias transmitidas oralmente y editaron sendas novelas. A partir de esos relatos ficcionales se ha continuado construyendo el imaginario popular de esta cuyana, en prosa, poesías y canciones⁶, cada vez más difundido por las nuevas tecnologías comunicacionales.

⁵ Las investigaciones emprendidas por Patricia Sánchez (1999.2013) en la región que nos ocupa, confirman el rol de las mujeres al frente de sus hogares. Asimismo, estudios sobre población y familia de mi autoría confirman que un 35% de los hogares sanjuaninos –a fines de la colonia- eran encabezados por mujeres (El hogar, la familia y las alianzas, 2014)

⁶ Marín Marta. *Martina Chapanay: Figura legendaria de las lagunas de Guanacache*. Universidad Nacional de Cuyo. Piedra y Canto. Cuadernos del CELIM. Número 7-8 Mendoza 2001-2002, para reconstruir la vida de Martina se basa en el romance “La santa de las travesías” de Julio Fernández Peláez y la biografía novelada de Mabel Pagano, “Martina, montonera del Zonda”. Estos textos, a su vez, adaptan las versiones de Quiroga y Echagüe..

Las distintas versiones que han aparecido, aunque presentan datos discordantes y a veces hasta incongruentes, siempre resaltan su arrojo y valentía. Esos atributos son los que han sustentado su extendida fama y motivado que su nombre, por mucho tiempo, fuera rememorado para apodarar a las niñas díscolas o rebeldes.

La temporalidad de su existencia abunda en incertidumbres, como es habitual en personajes similares que alcanzaron popularidad entre sectores marginales. La fecha de su nacimiento, sin más, se redondea en el 1800. Al despuntar un siglo plagado de pesadumbres causadas por las continuas guerras, pero también en el que se remarcó la exclusión femenina del ámbito público. Por su parte, Pedro Echagüe en su novela "La Chapanay" (1884) fija como fecha de su nacimiento 1811 –en coincidencia con el natalicio de D. F. Sarmiento-, cuestión a la que volveremos más adelante. En cuanto al lugar de su nacimiento, se sitúa en las afueras del ámbito urbano; algunos autores refieren que nació en la zona de Guanacahe –siguiendo la versión de Echagüe-, otros, sin ofrecer mayores precisiones sobre el lugar afirman que fue en el valle de Zonda⁷, siguiendo las referencias de Pedro Desiderio Quiroga (1865).

Con respecto a sus progenitores, todas las versiones admiten la paternidad de un Chapanay, sólo difieren en cuanto al nombre de pila –hay quienes sostienen que era Juan y otros que era Ambrosio-. De igual modo, con respecto a la identificación de la madre, una versión sostiene que era Mercedes González, una cautiva blanca robada a fines del siglo XVIII; otros relatos aseveran que era hija de una mujer llamada Teodora García, una bella española que había sufrido el encuentro con un malón, hallada más tarde por Juan Chapanay, quién la auxilia y le brinda su ayuda, relación que termina en unión matrimonial⁸. En estas referencias, independientemente de su veracidad o no, es evidente que procuran dejar en claro que era

⁷ Actualmente constituye un departamento de la provincia de San Juan con 2360 km², no obstante, por aquellos tiempos con esa denominación se designaba a un territorio mucho más extenso (sumando lo que hoy abarcan los departamentos de Ullúm y Rivadavia, con 4391 y 157 km²).

⁸ Hugo Chumbita (2000) se refiere a esta versión y asevera que el nombre del padre no era Juan sino Ambrosio Chapanay, mientras que Horacio Videla, (1962), César Guerrero (1970) y Mabel Pagano (2000) refieren que sus padres eran Juan Chapanay y Teodora, siguiendo la versión de Pedro Echagüe (1884).

mestiza –incluso, tampoco estuvo ausente la versión de que era mulata⁹-, pero no india. Sobre el particular, Pedro Echagüe llegó a plantear que su padre no era huarpe sino de nación toba –pueblo originario del litoral- y que había sido traído forzosamente a la región. Es claro el propósito de afianzar la idea de la completa extinción de población nativa, a los fines de imponer la “civilización” y desterrar la “barbarie”. Esta intencionalidad también está presente en el texto de Pedro Quiroga, quien recalcó que su padre fue el *“último de los caciques huarpes (...) y el último vástago de la familia de éste es la célebre capitana de bandidos, Martina Chapamay”* (Quiroga, 1865: 10). En igual orden de ideas es que los dos autores mencionados insisten en adjudicar la rebeldía de Martina a la herencia paterna y sus cualidades de justiciera y benefactora a los genes maternos.

Es así que en la secuencia de la narración biográfica justifican sus ansias de libertad por haber sido criada en la campaña, privada de una contención familiar porque su madre –de origen hispano- murió cuando ella era niña quedando su padre sumergido en una honda tristeza. La pena causada por la pérdida de su esposa fue insuperable para su progenitor y por ello atinó a encomendar los cuidados de la niña a una dama de la ciudad antes de su inevitable muerte. Todo esto es referido por la pluma de Echagüe con una brillante prosa, propia del movimiento romántico al que pertenecía, dejando plasmada su impronta ideológica en el relato.

Esa niña díscola, criada en las Lagunas de Guanacache (zona lacustre situada entre las jurisdicciones de Mendoza y San Juan), poblada mayormente por indios y mestizos, una vez dejada por su padre bajo los cuidados de doña Clara Sánchez, agobiada por las tareas y rigor con que era tratada, un día decidió volver a su terruño y se fugó con uno de los peones de la finca de su patrona, quien se llamaba Cruz y por sobrenombre lo apodaban Cuero. Desde ese momento formó parte de una banda de salteadores, participando activamente en los asaltos. Echagüe remarca que Martina era inducida por Cruz Cuero pero ella se resistía porque:

“El recuerdo de lo que sabía de su madre, recta, misericordiosa y buena, le vino más de una vez a la memoria, y sintió remordimientos y vergüenza de la abyección en que la hija iba a caer. Pero había dado ya

⁹ El periodista y escritor José Baidal, Cfr. Daniel Illanes, *Historia de San Juan*, 2012.. Puede consultarse en <http://www.diariolibre.info/secciones/noticias/nota.php?id=9962>

el primer paso y las circunstancias la arrastraron. Además, seguía queriendo a Cruz Cuero, cuya brutalidad ejercía sobre ella una extraña fascinación (Echagüe, 1884).

En toda la obra Echagüe deja traslucir su ideal cristiano, temeroso del castigo divino, por eso “salva” a la protagonista recalcando que era inducida a delinquir por Cruz (denominación inventada por el autor, con clara alusión religiosa), enceguecida por amor. Pero, al apartarse de él también abandona su vida delictiva y se convierte en heroína. En esta transmutación de Martina, el escritor aprovecha para alternar en el relato un episodio importante que la relaciona con la gesta política, conforme a su partidismo personal, ayudando a escapar a unos unitarios de las tropas federales. Mientras que las restantes narrativas la vinculan con estas últimas, resaltando con mayor vehemencia su participación comprometida.

Pedro Quiroga y autores posteriores, como Marcos de Estrada (1979:13), afirmaron que durante la guerra civil entre federales y unitarios, cuando tendría unos 22 años de edad, se enroló en el ejército que estaba bajo las órdenes del caudillo federal Facundo Quiroga. Buenos Aires.

Las fuerzas lideradas por Facundo Quiroga, se disolvieron después de su asesinato en Barranca Yaco -1835- y Martina pasó a formar parte de unas cuadrillas de bandoleros, de la provincia de San Luis o de la región de los Llanos en la Rioja, acechando y asaltando viajeros o estancias de la zona. Sirviendo más tarde- en la década de 1840- a las órdenes de gobernadores, caudillos y fuerzas federales, como combatiente y espía. Finalmente, estos relatos también le otorgan un halo de romanticismo destacando que: “*la larga y ruda experiencia vivida le hace comprender que las montoneras e indíadas aliadas al servicio del saqueo y el crimen no conducían a nada bueno (...) llegó a tener una reputación extraordinaria como benefactora tutelar de viajeros... Con plena conciencia de su vida ruda impetuosa y desgraciada, no impidieron que prevaleciera el deseo persistente de hacer el bien al prójimo*”¹⁰. Vivió sus últimos años en un rancho de una india amiga en Mogna a unas veinte leguas al sur de Jáchal a orillas del río San Juan, donde fallece a los 74 años de edad en 1874.

¹⁰ De Estrada, Marcos *Martina Chapanay Arquetipo del gaucho. Edit. Tucumán*. Op. Cit. Página 25

Pero del mismo modo que los datos sobre su nacimiento son imprecisos, también lo son sobre su muerte.¹¹

Echagüe concluye su novela mostrando a una devota anciana que en su lecho de muerte se redime y recibe la extremaunción de un sacerdote. Ese clérigo había llegado por mera casualidad al rancho donde ella se encontraba, de paso en su derrotero hacia la Iglesia de Loreto para devolver objetos robados y luego a Tierra Santa para clamar por el perdón divino. En este punto el relato desemboca en el más inverosímil y romántico episodio, porque el peregrino era nada menos que un compañero de averías cuando delinquían con Cruz Cuero, avenida más tarde en eclesiástico. Con este cierre, el acérrimo escritor unitario se esmera en elevarla al pedestal de los “buenos cristianos”, omitiendo anécdotas que circulaban acerca de su participación en las huestes federales, ni tampoco alude a otras tantas narraciones que han perdurado sobre sus libres amoríos o habitual concurrencia a pulperías, lugares proscritos para las mujeres. Por el contrario, como hombre de su tiempo, exalta la popularidad de Martina por su conversión de bandida a protectora de viajeros. Además, en esta epopeya en que se glorifica a la protagonista, le asigna como año de nacimiento el mismo en que nació el prócer máximo de la región: Domingo F. Sarmiento, 1811, un año después del estallido de la Revolución de Mayo. Es muy probable que de haber hallado alguna referencia que la vinculara al General San Martín, la habría ensalzado como Madre de la Patria.

Tiempo después, Marcos de Estrada repite los dichos del escritor Pedro Quiroga admitiendo *“preciso es confesar en honor a la verdad que Martina con una educación esmerada y en otro trato más digno habría sido Juana de Arco o una Policarpa Zalabarrieta”* (De Estrada, 1962: 27).

Por su parte, Horacio Videla –historiador sanjuanino, exponente de la historia positivista de mediados del siglo XX- recalca que:

“... Martina mezcla de realidad y fantasía se ha incorporado al fondo romancero y popular de Cuyo, encarnado en el corazón sanjuanino al inextinguible

¹¹ Algunas versiones afirman que murió atacada por un puma, o mordida por una serpiente. Tampoco sobre el lugar son uniformes los relatos.

*gaucho malo y noble, con un secreto lugar en la admiración y afecto de todos*¹².

Lo cierto es que los relatos sobre la Chapanay perduran entre los habitantes de la región, nadie duda de su existencia y su nombre ha quedado perpetuado en la toponimia regional¹³. Distintos pasajes de su vida son conocidos a través de relatos orales, que inspiraron obras literarias como las aquí mencionadas. Aún hoy algunos lugareños evocan recuerdos de sus ancestros que aseguraron haberla conocido.

Entre estas narrativas son interesantes las contenidas en la recopilación de la encuesta folclórica llevada a cabo por el magisterio de todo el país por iniciativa del Consejo Nacional de Educación en 1921. En ella coinciden en afirmar que nació en Guanacache y aseveraron haberse sentado junto al fogón de Martina y compartido "... su tabaco y su mate cordialmente"¹⁴. Ese mismo informante, que ratifica lo expuesto en todo momento acerca el dominio que ejercía sobre los hombres de su grupo, comenta que su pareja debió llamarse Cruz "pero su apellido fue sustituido por el apodo de "Cuero" tal la consideración en que le tenía doña Martina y el trato que le daba, teniéndole sujeto a su omnimoda voluntad"¹⁵.

En todos los relatos se resalta su carácter decidido y sus cualidades como rastreadora. Al respecto, también aluden a su astucia escondiendo ganado para luego ser recompensada por su hallazgo. Hugo Chumbita resume parte de lo más difundido en la oralidad sobre ella, del siguiente modo:

"Por diversión o por dinero apostaba a montar potros indomables y se batía con los mejores cuchilleros. La policía no podía contra ella. Aparecía con frecuencia protagonizando duelos y diversiones, y en todos lados encontraba amigos y encubridores. Repartiendo el fruto

¹² VIDELA, Horacio. "Las Figuras Populares De San Juan". 1962. Pág. 53

¹³ En el Dpto. de Caucete en San Juan se sitúa el sitio denominado "Pozo de la Chapanay" al este del río Bermejo, y con ese patronímico también se designa un distrito del Dpto. de San Martín en la provincia de Mendoza.

¹⁴ Jesús Torres, viajero que transportaba mercancías desde San Juan a Valle Fértil (Legajo N° 60 de San Juan, pp. 1-4, citado por Susana Chertudi, Martina Chapanay, p. 95).

¹⁵ *Ibidem*.

de sus correrías, se aseguraba “en cada rancho un aliado” (Chumbita, 2009:110]

En cuanto a su participación política, las versiones más popularizadas la relacionan con los caudillos federales, no con los unitarios como pretendía Echagüe. Contrariamente a lo que expone en su novela, acerca de la ayuda brindada por Martina a prófugos de la tiranía federal, aludiendo a Nazario Benavides, los dichos más difundidos afirman su adhesión peleando en la batalla de Angaco y en el combate de La Chacarilla contra las fuerzas unitarias del Gral. Mariano Acha, en 1841. Además, muchos aseveran que se sumó a la montonera liderada por el Chacho Peñaloza para vengar a Benavidez, por cuya muerte habría retado a duelo a su ejecutor, el mayor Pablo Irrazábal.

Por contravenir el modelo ideal femenino se la ha calificado de marimacho, pero como el fervor popular la enalteció por su osadía, el discurso erudito tiende a minimizar sus transgresiones convirtiéndola en brazo armado de la justicia y silenciando aquellos pasajes transmitidos oralmente que destacan su liberalidad sexual¹⁶. Se cuenta que en una ocasión se apropió de prendas robadas a un viajero, motivando una disputa en la banda y luego de dispersar los caballos de sus compinches, anduvo sola luciendo aquel apero “ornado con tachas de plata o de metal, chiripá y el resto del atuendo gaucho, por los suburbios y pulperías de Caucete, Angaco y otras pequeñas poblaciones”. Este hecho, citado por Hugo Chumbita (2009: 110), que alude a su travestismo de género tiene también connotación social, por tratarse de una posesión simbólica de prestigio y poder.

En razón a que se desenvuelve en un mundo masculino debe travestirse, hecho que es justificado en las novelas decimonónicas por influencia del ambiente donde fue criada. Un mundo salvaje, un medio agreste que le confiere por parte de su padre indio el carácter díscolo y rebelde. No obstante, al decir de estos hombres ilustrados, la herencia materna terminaría por conferirle sensibilidad por el prójimo. Por eso es que se arrepiente de su vida al margen de la ley y se convierte en benefactora,

¹⁶ En la tradición popular no faltan anécdotas sobre cómo Martina, cuando se sentía atraída por un hombre, iba a buscarlo a su casa. Una de esas referencias es que: “Raptó a un grandote en el Pueblo Viejo (Concepción), después de bolearle el caballo, y se lo llevó a Papagayos” (episodio referido por Daniel Illanes, “La Chapanay”, Diario Libre.

ya sea ayudando a unitarios reprimidos por el régimen rosista, según palabras Echagüe, o combatiendo a favor de los federales. Pero lo que mayormente perdura en los relatos orales es que dirigía una banda de salteadores, que distribuía lo robado entre los suyos y que cuando le agradaba un hombre, se presentaba en su casa y en la grupa de su caballo lo llevaba a uno de sus escondites para regresarlo días más tarde. Estas anécdotas, contadas sin muestras de algún tipo de prejuicio ni empleando términos peyorativos, ponen al descubierto un discurso oculto –al modo que lo define Scott- con clara resistencia a un modelo patriarcal que hasta llegó a justificar la violencia de género hacia la mujer.

A modo de conclusión

Sin lugar a dudas, Martina era la antítesis del ideal femenino por sus comportamientos admitidos como varoniles, completamente ajenos al encierro doméstico. Debido a que representaba el contra modelo en el nuevo orden decimonónico, la narrativa escrita aunque intenta disimular -o al menos mostrar una reconversión al final de su días- no logra ocultar las versiones que transitan oralmente, y es que fue una mujer independiente.

Al escribir sobre ella, Pedro Echagüe (1884) se esmera en dejar traslucir facetas que concilian con los ideales de la sociedad de su tiempo. Por una parte, destacando que era hija de un indio toba procedente de Corrientes. Con esta afirmación no deja margen a la posibilidad de que podría ser originario de la región de alguna parcialidad huarpe y es que con la incorporación a la nación argentina en la época que escribe, ya que con la llamada *Campaña al Desierto* que llevó a la cima del poder a Julio A. Roca se pretendió confirmar la definitiva *extinción* de la población nativa. Ese discurso, sumado al consabido impulso conferido a la inmigración masiva, que sirvió de plataforma política a la oligarquía que decididamente impuso el modelo liberal, convenció a varias generaciones que Argentina era un país compuesto por población procedente de Europa. O lo que equivalí decir: un país civilizado. Es la concepción dual tan propia de la cultura occidental, que tiende a confrontar polos opuestos: lo bueno y lo malo, la civilización y la barbarie. Por su parte, Pedro Quiroga ya había

manifestado antes que era el último vástago [sin descendencia] del último cacique huarpe de la región¹⁷.

Lo que importa de Martina no es tanto si fue un personaje real o ficticio, sino lo que simboliza: la rebelión contra el modelo dominante en la construcción del género.

En los últimos años, nuevas evidencias históricas desvelan comportamientos femeninos más adecuados a la realidad de su entorno que a los designios del poder, entonces, bien cabe plantearse, si Martina más que una excepción representa a otras tantas mujeres del siglo XIX, y por esa razón ha merecido el reconocimiento y su conversión en leyenda.

Bibliografía

CHERTUDI, Susana, "*Martina Chapanay, personaje legendario*", El Monitor de la Educación Común. Buenos Aires, Consejo Nacional de Educación, 1969, p.p. 93-98. En línea:

http://www.bnm.me.gov.ar/ebooks/reader/reader.php?mon=1&vt=n&dir=00150789&num_img=93

CHUMBITA, Hugo, "*Sobre los estudios del bandolerismo social y sus proyecciones*", *Revista de Investigaciones Folclóricas*, vol. 14, 1999, pp. 84-91. Puede consultarse en línea:

www.naya.org.ar/ifa/publicaciones/rif_14.htm

CHUMBITA, Hugo, Una cultura fuera de la ley: *Algunas inferencias de la historia social del bandolerismo*, Ponencia en 1as. Jornadas de Historia del Delito en la Patagonia, Universidad del Comahue, Gral. Roca, junio de 2000.

En Línea:

hugochumbita.com.ar/actualizaciones/b_una_cultura_fuera.doc

CHUMBITA, Hugo, Jinetes rebeldes: *Historia Del Bandolerismo Social En La Argentina*. Buenos Aires, Colihue, 2009.

¹⁷ Para ampliar sobre el particular, se sugiere consultar: Escolar, Diego, Los dones étnicos de la Nación..., 2007: 91-97.

DE ESTRADA, Marcos, Martina Chapanay. Realidad y Mito. Buenos Aires, Varese, 1962.

DE ESTRADA, Marcos, Martina Chapanay Arquetipo Del Gaucho. Edit. Tucuma. Buenos Aires, 1979.

ECHAGÜE, Pedro, La Chapanay. Buenos Aires, Coni, 1924 [1° ed.: 1884]

ESCOLAR, Diego, Los dones étnicos de la Nación. Buenos Aires, Prometeo, 2007.

HOSBAWM, Eric, Bandidos. Barcelona, Crítica, 2001.

PAGANO, Mabel, Martina, montonera del Zonda. Barcelona, Vergara, 2000.

QUIROGA, Pedro Desiderio, Martina Chapanay, Leyenda Histórica Americana. Buenos Aires, 1865.

SCOTT, James, Los dominados y el arte de la resistencia. Americana. Buenos Aires, 1865.

SCOTT, James, Los dominados y el arte de la resistencia. México, Era, 2000.

VIDELA, Horacio. IV Centenario de San Juan 1562-1962. Bs. As. Cactus. 1962